

CLAUSEWITZ Y SCHLIEFFEN. UNA INVESTIGACION SOBRE EL
IDEARIO MILITAR GERMANO DE LA ERA GUILLERMINA (a).

I — INTRODUCCIÓN

Hace sesenta años, uno de los trabajos estratégicos más famosos de la historia contemporánea, el "Plan Schlieffen", adquirió su definitiva formulación. En ese mismo año, el general Federico von Bernhardi, "apóstol del militarismo germano", según las palabras de su prologuista español, E. González Blanco, publicaba "Alemania y la próxima guerra", libro polémico, que fue recibido como la expresión de un pensamiento militar de vanguardia para su época. Creemos que el estudio de ese pensamiento, que alcanzó sus manifestaciones más articuladas en los trabajos mencionados, contribuye a arrojar luz sobre una de las raíces del mundo actual, la cual, arrancando de la llamada "Paz Armada", alcanzó su primera y terrible realización en la guerra "total" de 1914-1918, con el empleo y desgaste brutal de masas humanas y recursos técnicos. Si bien este ensayo de interpretación, basado en la crítica bibliográfica, trata en especial del pensamiento militar de la Alemania de Guillermo II, pueden extraerse de él también algunas generalizaciones válidas para los conceptos que de la guerra se hacían las fuerzas armadas de las demás potencias de la época, que fue la última de claro predominio europeo en el mundo.

Durante la llamada "era guillermina" (1888-1914), la posición político-militar de Alemania en el concierto de las potencias sufrió un progresivo deterioro, que coincidió con la agudización de los conflictos internacionales y el aumento del armamentismo, tanto en las "potencias centrales", Alemania y Austria-Hungría, como en Francia, Rusia e Inglaterra, alineamientos éstos que ya se dibujaban como los más probables para una futura guerra¹. Mientras la diplomacia guillermina no hacía más que cosechar un fracaso tras otro, el ejército alemán continuaba perfeccionando pacientemente su maquinaria militar y los planes para su empleo. La situación internacional, cada vez más comprometida, fue causa de un creciente escepticismo en los círculos dirigentes del Estado con respecto a la posibilidad de encontrar soluciones políticas al

(a) NOTA: El presente artículo es la adaptación de parte de un capítulo perteneciente a un trabajo inédito, mucho más extenso, titulado "*Geopolítica y Estrategia en las relaciones internacionales del Este europeo*", (1871-1914), realizado bajo la guía y estímulo del Dr. Alberto Falconelli, sin cuya inagradable ayuda yo no habría podido obtener buena parte del material bibliográfico indispensable. En este sentido también fue muy valiosa la colaboración del teniente coronel Julio C. M. Felagatti, del prof. Nicolás Bustos Dávila y de las profesoras Estela Lepori de Pithod y Luba Sara Roitman. Agradezco por último, a todos los profesores de Instituto de Historia de nuestra facultad por el aliento que me brindaron y muy especialmente al Director del Instituto, Dr. Edberto Oscar Acevedo, por abrirme las páginas de su prestigiosa revista para la publicación de este artículo.

problema del "cerco" (Einkreisung) que los países hostiles parecían estar forjando alrededor de las potencias centrales. Muy fuerte aprensión existía acerca de un posible ataque por sorpresa de los británicos a la flota alemana y también parecía más o menos inminente un choque entre Rusia y la monarquía danubiana, lo cual arrastraría al conflicto a sus respectivas aliadas, Francia y Alemania. La confianza en la diplomacia vino a ser reemplazada por una fe, a veces artificial y forzada, en las fuerzas armadas, consideradas únicas garantes de que el Reich no sufriría las peores consecuencias de la incapacidad de sus gobernantes. Tal "forma mentis" caracterizó especialmente a los militares que por su tradicional lealtad dinástica e ignorancia política preferían achacar la responsabilidad del visible deterioro de la posición internacional germana a la malevolencia de los extranjeros y a los errores de tal o cual civil, como el canciller von Bülow, nunca a la torpeza del propio Kaiser.

II — EL "PLAN SCHLIEFFEN"

En los últimos decenios la confianza en el rendimiento de un arma o complejo de armas ha venido a constituirse en el factor determinante de la preparación para la guerra. Durante la Paz Armada en cambio, la comprensión de este aspecto tecnológico de las contiendas era bastante limitada en los Estados Mayores, los cuales concentraban su trabajo e interés en los diseños operativos, es decir en la estrategia tradicional. Se trataba de obtener, con las variables *fuerza, espacio y tiempo*, una fórmula que permitiese el encuentro con los ejércitos enemigos en las circunstancias más favorables.

El conde Helmuth von Moltke "El Viejo", durante su larga jefatura del Estado Mayor del Ejército (1857-1888), había elaborado un plan de operaciones que alcanzó una formulación muy duradera en 1879. Dicho plan preveía la derrota del enemigo entonces considerado más vulnerable, Rusia, por medio de una ofensiva convergente de alemanes y austrohúngaros hacia Polonia, con lo que se esperaba obtener la decisión favorable de todo el conflicto. El siguiente jefe del Estado Mayor, mariscal conde Alfredo von Waldersee (apenas lo fue por tres años) dejó intacta esta disposición en lo esencial, pero estableció, juiciosamente, que en caso de que el conflicto estallase en la estación del deshielo y de las lluvias, haciéndose así imposible operar en el Este, el ataque en masa se haría contra Francia, en dirección Toul-Epinal.

De su sucesor, el conde Alfredo von Schlieffen (1833-1913) (a) se han escrito montañas de papel. Especialista cien por ciento, desde 1891 hasta el fin de su vida se ocupó prácticamente de una sola cosa: perfeccionar un plan que diese la victoria a su patria en la guerra de dos frentes, contra un enemigo numéricamente superior. Surgió así el famoso "Plan Schlieffen" en tres etapas: 1) 1894: "Primer plan", un esbozo; 2) 1905: el plan "definitivo" (b); 3) 1912:

(a) Fue jefe del Estado Mayor de 1891 a 1905.

(b) Algunos autores, como P. Rassew, han considerado que esta "crystalización" del plan obedece a una tentación de atacar "preventivamente" a Francia, tentación en la que habría estado a punto de caer el consejero von Holstein (considerado el inspirador oculto de muchas ideas del canciller von Bülow) al percibir la debilidad de Rusia en ese tiempo (guerra ruso-japonesa).²

plan Schlieffen modificado por Moltke "El Joven". Para definirlo podemos decir que responde a una concepción estratégica continental "pura"³, puesto que no prevé la colaboración del segundo elemento estratégico (el marítimo). A nivel continental es una maniobra por líneas interiores (batir a Francia primero, luego a Rusia), y en el teatro de operaciones occidental involucra el uso de las líneas exteriores a través de un gigantesco envolvimiento por un ala. El plan de Moltke reunía las mismas características generales, pero aparte de una distinta selección del primer adversario, era convergente, pudiendo llegar a resultar en un doble envolvimiento del enemigo.

En 1894 Schlieffen llegó a su primera convicción básica: Francia debía ser batida en primer lugar. Había razones de peso para esto: ante todo, el espacio ruso, que permitía a las fuerzas zaristas rehusarse a aceptar una rápida batalla en Polonia, impidiendo el decisivo triunfo germano-austriaco. Así, la guerra se prolongaría y Gran Bretaña quedaría como árbitro de la situación⁴. Esta valoración del teatro ruso de operaciones no es de ninguna manera un descubrimiento de Schlieffen. El autor más estudiado en las academias militares alemanas, Clausewitz, había escrito 70 años antes:

"Rusia, en la campaña de 1812 nos enseñó... que la probabilidad de buen éxito final no disminuye en todos los casos en la misma medida en que se pierden batallas, provincias y capitales... Rusia ha probado que una nación es más poderosa a menudo en el corazón de su propio país, cuando el poder ofensivo del enemigo se ha agotado..."⁵.

Rusia es un país que:

"sólo puede ser sometido por su propia debilidad y por los efectos de una disensión interior. Al objeto de alcanzar los puntos vulnerables de su existencia política, ha de sacudirse el propio centro de la nación"⁶.

Además la movilización rusa sería tan lenta que en los primeros encuentros sólo fracciones de su ejército podían ser aferradas y batidas⁷. Schlieffen consideraba que Francia era el enemigo más poderoso de Alemania, (Rusia tenía más fuerza numérica pero de inferior calidad y además debía concentrar una parte importante de sus fuerzas contra Austria) y que su aniquilamiento decidiría la guerra (a). Seguía también aquí las prescripciones de Clausewitz:

"Si dos o más Estados se unen frente a un tercero... tal combinación constituye... una sola guerra. Debemos establecer como principio, por tanto, que si podemos vencer a todos nuestros enemigos mediante la derrota de uno sólo de ellos, la victoria sobre este último ha de ser el objetivo de la lucha ya que en dicho adversario alcanzaremos el centro de gravedad de toda la contienda"⁸.

Los centros de gravedad suelen ser varios, pero si pueden reducirse a uno solo, mejor, porque se posibilita así la concentración de todas las fuerzas pro-

(a) No creía que Inglaterra interviniese a tiempo y en todo caso, menospreciaba su capacidad de batirse en tierra.

pias contra ese centro, decidiéndose la guerra en una sola gran acción. Para Clausewitz, "centro de gravedad" en sentido estricto es "la parte del territorio donde esté concentrado el mayor número de fuerzas enemigas"⁹. Con acierto, Schlieffen concluyó que ese centro de gravedad estaría en el Noreste de Francia. Además esta región no podía ser fácilmente abandonada por los franceses (como Polonia en el Este) dada su gran importancia industrial y al peligro a que se vería expuesto París.

Apoyándose entonces en las enseñanzas estratégicas de Clausewitz, surgió el plan Schlieffen. Su primera versión confiaba todavía en un ataque frontal desde Lorena, pero se hizo evidente que las fortificaciones francesas lo harían demasiado costoso y lento. En los años siguientes su autor llegó a la solución del avance a través de la neutral Bélgica. Las dudas que tal proceder despertaba, por claras razones políticas, fueron apartados finalmente en 1905, cuando el plan adquirió su forma "clásica". Se dispuso que contra Francia se movilizarían hasta 8/9 partes del ejército alemán, quedando sólo diez divisiones y tropas locales en el Este. Mientras que al sur de Metz, el ala izquierda tendría función defensiva, estableciendo contacto con las primeras fuerzas francesas, el ala derecha, siete veces más poderosa (a), atravesaría Bélgica, para torcer, luego de cruzar el bajo Sena, hacia el Sudoeste, atacando a los franceses por la espalda. Empujados hacia Alemania y Suiza, serían aniquilados. El ala derecha tenía las ventajas de operar en terreno poco accidentado y de avanzar pegado a la costa, a salvo de un flanqueo francés, pero de todos modos, para lograr su cometido era esencial que su potencia fuese tan abrumadora que ninguna fortaleza u otro obstáculo pudiese detenerla o retardarla, porque esto último habría permitido adoptar contramedidas a los franceses. En 1901, durante los juegos de guerra, Schlieffen ya había resumido claramente su pensamiento:

"Cuando se es demasiado débil para atacar al conjunto, debe atacarse una parte... ¿Cómo debe ser atacada el ala enemiga? No con uno o dos cuerpos, sino con uno o más ejércitos, debiendo ser dirigida la marcha de esos ejércitos no contra el flanco, sino contra la línea de retirada del enemigo, conforme a lo que quedó demostrado en Ulm, en la campaña de invierno de 1807 y en la batalla de Sedán. Esto lleva de inmediato a producir... un desorden y una confusión que brindan una oportunidad para una batalla con frente invertido, una batalla de aniquilamiento..."¹⁰.

En Prusia Oriental se preveía que las escasas fuerzas alemanas no podrían detener a los rusos sino en el Vístula, pero de todos modos, aprovechando el que los Lagos Masurianos obligarían al ejército ruso a avanzar dividido, Schlieffen planeó una operación por líneas interiores que las fuerzas alemanas intentarían desde una posición central al Oeste de esos lagos. En agosto de 1914 Ludendorff e Hindenburg siguieron este modelo y obtuvieron la brillante victoria de Tannenberg¹¹. Claro está en que Schlieffen sabía que, dada la relación de fuerzas, una batalla así nunca sería decisiva para el resultado final de la contienda.

(a) En realidad la relación era 6,5 : 1.

En 1912, el sucesor de Schlieffen, Moltke "El Joven", hizo una alteración de importancia a su plan: disminuyó la concentración abrumadora de fuerzas en el ala derecha, de modo que la relación de ésta con la izquierda quedó reducida a aproximadamente de 2,4 a 1 (a). Se ha sostenido que el mismo Schlieffen, retirado ya, había sugerido el cambio¹³, aunque esto significaría un debilitamiento notable de su genio. Sí parece haber jugado un papel en esta decisión el temor de que una fuerte ofensiva francesa avanzara demasiado en Lorena, o aún hacia Renania, centro del poder industrial germano. Esto es muy dudoso, dado el excelente sistema de fortificaciones alemán, pero de todos modos, ahora se daba la posibilidad de retroceder en Lorena y atraer a los franceses, alejándolos de sus fuertes, para descargar el ala derecha sobre ellos inmediatamente, desde el norte, sin que se tuviese que hacer el largo rodeo primitivo. En ese momento también podría contraatacar el ala izquierda alemana. Atrapado el enemigo en un espacio reducido, la "batalla de Lorena" podría ser la solución. Aparte de que Moltke no supo conducir las operaciones en ese sentido en 1914, esta variante siempre tenía menos perspectivas que el plan de 1905. H. Holborn destaca que:

"Schlieffen había estado acertado cuando predijo que sería en extremo difícil obtener más de una victoria común en Lorena, en vista de que los franceses podían retirarse a sus fortificaciones."¹⁴.

III — EL IDEARIO MILITAR DE LA ERA GUILLERMINA

1. — La ilusión

¿Cuáles eran en realidad las ideas que los Estados Mayores se habían formado del conflicto que se avecinaba? Entreveían un tremendo, pero breve y limpio duelo de ejércitos profesionales, en el cual obtendrían victorias al estilo de Austerlitz y Sedán. El pensamiento militar europeo de la época reconocía héroes y maestros comunes, especialmente Clausewitz y Napoleón, de modo que gran parte de lo que se diga sobre las concepciones de uno de los bandos en que se había dividido el continente, vale también para el otro (b). Aquí será analizada solamente la concepción alemana de la guerra que se avecinaba, tal como se cristalizó en el Plan Schlieffen. Recordemos sus presupuestos generales y notas características.

- 1) La guerra del porvenir sería corta, ya que la compleja red de intercambios internacionales no podrían soportar por largo tiempo la desorganización producida por el conflicto. Estaba dentro del interés de Alemania, como potencia sitiada, abreviarlo aún más, eliminando por separado a sus adversarios, a través de campañas fulminantes.
- 2) La victoria final dependería de la rápida eliminación del enemigo francés, por medio de una gigantesca "batalla de aniquilamiento".

(a) No de 3 a 1 como dicen Görhitz y H. Holborn. Nuestra proporción se basa en las cifras de Fuller, más confiables¹².

(b) Véase confirmación de esta uniformidad en Liddell Hart, "El espectro de Napoleón".

3) Ese objetivo sería logrado mediante la aplicación de una masa irresistible en un punto crítico (el ala izquierda francesa). Tal presión daría por resultado un gran movimiento de flanqueo que culminaría en el cerco del ejército francés, atacado por la retaguardia. Rusia sería detenida en el Vístula.

4) Finalmente las masas alemana y austríaca se concentrarían contra Rusia cuya derrota, en tales condiciones, parecía segura.

El supuesto mencionado en primer término estaba ampliamente difundido en todos los medios militares europeos:

“únicamente los espíritus retardados podían imaginar que la guerra duraría más de una estación, porque con el servicio militar obligatorio... la vida del país quedaría totalmente perturbada y la situación no podría durar mucho tiempo [se creía]... La idea común es que la guerra se acabaría tras una o dos grandes batallas”¹⁵.

En su libro autobiográfico, el general zarista Bonch Bruyevitch¹⁶ asevera que “también en Rusia se creía que la guerra sería corta”, no pudiendo durar más de “cuatro meses”. Schlieffen, en uno de sus escritos posteriores a su retiro, escribió que las guerras largas eran

“de realización imposible cuando la existencia de una nación está basada en el continuado progreso del comercio y de la industria... Una estrategia de agotamiento no dará resultados si el mantenimiento de millones de personas requiere billones”¹⁷.

En este coro había algunas voces disonantes, que nadie escuchaba. La más venerable era la de Moltke “El Viejo”, que en su famoso discurso de 1890, ante el Reichstag, predijo un futuro conflicto, del que,

“una vez comenzado, no sería posible prever su fin, porque participarían en él las potencias más fuertes y mejor armadas. Ninguna de estas potencias podría ser derrotada completamente en una o dos campañas; la guerra sería así de siete o de treinta años... desdichado aquél que originara este incendio europeo”¹⁸.

En 1912 el general von Bernhardt advirtió, en vano, que Alemania no debía prepararse para una guerra breve, la cual él no creía probable¹⁹. Había numerosos elementos de juicio que podían servir para corroborar esta opinión “minoritaria”, como el lector podrá apreciar en las páginas siguientes, pero la mentalidad de la mayoría se negaba a tomarlos en cuenta, prisionera como estaba de esquemas ilusorios y optimistas.

2. — El factor personal

Resulta un hecho indiscutible y conocido que en 1914, cuando llegó “la hora de la verdad”, el jefe supremo alemán, Moltke “El Joven”, aplicó una versión deformada del Plan Schlieffen. La operación abortó en la batalla del Marne. La crítica histórica ha mostrado una comprensible, aunque algo unilateral tendencia a concentrarse en el factor accidental y personal de la incapacidad del jefe germano, a la que se contraponen el excelente mando francés. Véase Renouvin²⁰ y Duroselle²¹ por ejemplo. Este último escribe:

“El Plan Schlieffen... ¿Por qué fracasó? Los autores alemanes tienden a acusar a Moltke. Irresoluto, demasiado alejado del frente, retiró demasiado pronto dos cuerpos de ejército que destinaba al frente ruso. Los autores franceses insisten en la iniciativa, ya de Joffre, ya de Gallieni”.

En la historiografía alemana tenemos juicios como el de H. Herzfeld²²:

“Pero solamente con una conducción genialmente superior, no bajo la insegura jefatura del joven Moltke, que oscilaba repetidamente entre el optimismo y el pesimismo, pudo quizá [el Plan Schlieffen] llevar a la anhelada victoria militar, a la derrota de Francia o aún a la victoria sobre Inglaterra.”

Después de párrafos como los citados, el lector se queda con la impresión de que la receta de Schlieffen era perfecta, pero que tuvo la simple mala suerte de caer en manos de un chapucero. Se pierde así de vista la cuestión de la mentalidad militar de la preguerra... ¿No mostraban sus creaciones fallas profundas, “estructurales”? Reuniendo y reelaborando los aportes de varios estudiosos, nos proponemos demostrar la existencia de tales fallas básicas, aparte de la alta o mediocre calidad del mando en la ejecución de los planes. El mismo Herzfeld dice, algo más adelante, que:

“Aún así, una victoria alemana en el Marne no debe entenderse como equivalente a un apartamento de Francia de la guerra”²³ (a).

Y sin embargo, justamente éste era el objetivo que Schlieffen esperaba obtener con su nuevo Sedán. Al conde Max Montgelas, historiando la Gran Guerra, le parecía que Schlieffen:

“Había investigado el problema de la guerra de dos frentes con alto vuelo de espíritu, y sin embargo, con cálculos y previsiones muy prudentes”²⁵.

Por el contrario, parece evidente, luego de un estudio cuidadoso, que el famoso plan, admirable desde muchos puntos de vista, contenía previsiones más flusorias que prudentes (b).

En primer lugar, es necesario subrayar que en la guerra de masas, de tecnología avanzada, es mucho más injusto que en otros tiempos echar la absoluta responsabilidad del éxito o del fracaso sobre los hombros del conductor situado en el vértice de la pirámide de mandos. Con esto no pretendemos absolver de cargos a Moltke, sino simplemente colocar sus defectos en su verdadera dimensión.

El general de los tiempos anteriores a la Revolución Industrial ejercía el mando desde una loma (el llamado “cerro de los conductores”: Feldherrenhügel en Alemania), montado en su caballo y abarcando el campo de batalla con el largavista. Raras veces mandaba ejércitos de más de 60.000 hombres. Los pro-

(a) Görllitz²⁴ coincide en líneas generales con este juicio. Concede la derrota de Francia como máximo resultado posible, pero no la del resto de la coalición enemiga.

(b) Coincidamos con Reissli²⁶: “...sobreevaluación apriorística de las propias posibilidades”.

blemas logísticos y operativos de tales efectivos podían ser relativamente bien resueltos por una mente sola, y, de todas maneras, habían cristalizado a través de los siglos en un repertorio de soluciones tradicionales, más o menos rutinarias. Los sistemas de armas cambiaban lentamente, de generación en generación, y no eran demasiado complejos. La duración de la batalla raramente excedía uno o dos días. Todo esto se alteró en el siglo XIX, a impulsos de la creciente aceleración del desarrollo tecnológico. Schlieffen pintó la imagen del comandante en jefe de la guerra que se avecinaba de una manera bien realista:

“... se encuentra más a retaguardia, en una casa con amplias oficinas y donde se tienen a mano instrumentos de telégrafo y radiotelegrafía... en ese lugar... delante de una gran mesa, el moderno Alejandro domina con la vista todo el campo de batalla en un mapa. Desde allí envía por teléfono palabras inspiradoras y allí recibe los informes de los comandantes de ejército... y de globos dirigibles que observan los movimientos del enemigo y localizan sus posiciones”²⁷.

Todo esto significa que la acción de la personalidad conductora depende en medida mucho mayor que en otras épocas de medios externos, ya sea el complejo sistema de comunicaciones, ya sea el número de intermediarios humanos. El genio ya no será tal sino dentro de un equipo. Por eso, en la Historia Mundial de Knauer, aparece esta pregunta:

“¿Qué jefe era capaz de supervisar los ejércitos de millones que él ponía en movimiento?”²⁸.

Un estudioso norteamericano de la historia militar contemporánea, R. W. Thompson, llega aún más lejos, al decir que:

“En la historia de la guerra, desde Alejandro el Grande hasta Mao Tsé Tung, el mundo no ha producido más que un puñado de hombres geniales capaces de conducir ejércitos... Hombres así no nacen en cada generación... Guderian dijo... que Hitler nunca fue capaz de visualizar algo más grande que una división. Esa fue la causa de muchos de sus más graves errores. Yo creo que esa verdad se aplica a casi todos los generales: el mando de una división representa el límite de las habilidades de la mayor parte de los hombres muy capaces”²⁹.

Está en la misma naturaleza de la guerra contemporánea el que, después de tabular los errores de Moltke en 1914, no resulte satisfactoria una explicación unilateral a través del “chivo expiatorio”. Por eso, pasamos ahora al estudio crítico del basamento ideológico de las mentalidades militares de la época.

3. — El maestro y sus discípulos

Encontramos, en primer lugar, una crítica de vasto alcance, que afecta, no sólo al pensamiento militar germano, sino al de toda la época en cuestión.

(a) Esta nueva e inquietante circunstancia había sido reconocida por Bernhardi tres años antes de la guerra.

Según Liddell Hart (a), la influencia universal alcanzada por el teórico prusiano de la guerra, Karl von Clausewitz (b) habría tenido efectos nefastos y deformantes por doquiera:

“Clausewitz fue demasiado continental en cuanto a su visión, para entender el significado del poder naval. Y su visión fue corta: así en el comienzo de la era mecánica declaró su “convicción de que la superioridad numérica llega a ser cada día más decisiva.”³¹... “Podemos estar seguros de que en casos ordinarios, en pequeños como en grandes combates, una importante superioridad en número... será suficiente para asegurar la victoria”³².

Conjugadas con lo anterior, sus “frases sonoras”, al decir de Liddell Hart, habrían reducido el arte de la guerra “a una mecánica de matanza masiva”³³.

“En la guerra sólo tenemos un medio, la batalla... Solamente las grandes batallas pueden producir grandes resultados... Los filantropistas pueden fácilmente imaginar que hay un práctico método de desarmar y vencer al enemigo sin apelar a grandes matanzas... Ese es un error que debe ser extirpado”³⁴.

Extraer rápidas conclusiones de estas citas aisladas es demasiado fácil, e incorrecto además, ya que el mismo crítico británico que seguimos, advierte al lector que en otros pasajes Clausewitz muestra una orientación más mesurada. Con todo, la condena pronunciada por Hart es dura: Lo llama “el Mahdi (c) de las masas”. Nos parece más equitativa la reflexión de Preston y Wise³⁵, los cuales destacan que el mayor peso de la culpa debe recaer en los lectores militares de Clausewitz, los que no comprendieron que su famosa frase “la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios” es en realidad un llamado a la moderación. “De la Guerra” es una obra póstuma, y en una nota el autor advirtió:

“Si el trabajo fuera interrumpido por mi muerte, lo que se encuentre sólo puede ser llamado una masa de concepciones no llevadas a una forma... y abierto a una infinidad de interpretaciones erróneas”³⁶.

De todas maneras, no cabe duda de que numerosas ideas básicas de la doctrina estratégica clausewitziana, especialmente las referidas a la “guerra de aniquilamiento”, constituyeron el “humus” ideológico en el que nació y maduró el “Plan Schlieffen”³⁷.

Veremos si un análisis de esas ideas nos aclara algunas de nuestras dudas acerca del pensamiento militar alemán, permitiéndonos además delimitar con mayor precisión la incidencia de una doctrina que hacia 1900 era ya tradicional y dominante en ese pensamiento.

(a) Famoso estudioso inglés de temas castrenses. Nacido en 1896, es autor de numerosos y agudos trabajos. Sus teorías más importantes están reunidas en “Estrategia. La aproximación indirecta” (ver Bibliografía).

(b) Creencias a su libro “De la Guerra” (1831). Como dicen Preston y Wyse, “a principios del siglo XX sus ideas formaban parte del pensamiento de todos los Estados Mayores de los grandes ejércitos del mundo”³⁰.

(c) Alusión a Mohamed Ahmed “El Mahdi” (Mesías) de un fanático movimiento de “guerra santa” contra Egipto, en 1881.

¿Qué entendía Clausewitz realmente por "aniquilamiento"? Al sistematizar los tres objetivos generales de toda guerra, los expone de esta manera:

- 1) – Destrucción de las fuerzas militares enemigas, es decir, impedirles continuar la lucha.
- 2) – "El territorio debe ser conquistado porque del país pueden sacarse nuevas fuerzas militares".
- 3) – Es necesario someter la voluntad del enemigo³⁸.

De ninguna manera se trata de la imagen burda de un aniquilamiento físico masivo, como único medio de lograr la victoria. Clausewitz no pierde de vista el factor moral ni el hecho de que un enemigo puede recobrase después de las más graves derrotas si no se ha obtenido plenamente el segundo objetivo. En cuanto al primero, Clausewitz advierte que el efecto de la gran batalla "es más el de destruir el valor del enemigo que a sus soldados"³⁹. Por último, las consecuencias de una gran batalla no serán decisivas si no se crea una sensación de desesperación en el adversario, sensación que las simples pérdidas numéricas, aunque muy elevadas, no traerán automáticamente, siempre que quede alguna esperanza de recuperación (proporcionada por la profundidad del territorio, la ayuda de los aliados, etc.) (a). Esta es la interpretación que creemos más lógica del siguiente párrafo del teórico prusiano:

"... Si nuestro oponente debe ser obligado a cumplir nuestras intenciones debemos ponerle en una situación que le sea más opresiva que el sacrificio que nosotros demandamos, pero las desventajas de esta posición no deben ser naturalmente de naturaleza transitoria, por lo menos en apariencia, de otro modo el enemigo, en lugar de ceder, se mantendrá en la esperanza de un cambio que le favorezca. Todo cambio en esta posición que se produzca por una continuación de la guerra, debe ser, por eso, un cambio desfavorable"⁴⁰.

Pero es necesario precisar más la idea de Clausewitz sobre la "destrucción". Ante todo, "solamente grandes éxitos tácticos pueden conducir a grandes éxitos estratégicos"⁴¹. En ese plano, el de la batalla, "el fin es conseguir armas y prisioneros; causar muertos y heridos es sólo un medio"⁴².

Pero lo que nos interesa es la *batalla decisiva*. Recordemos que el Plan Schlieffen pretendía crear una victoria que decidiese la campaña, ... y la guerra (1) Leemos en Clausewitz:

"La derrota (del adversario) será tanto más decisiva cuanto más podamos apoderarnos de la línea de retirada del enemigo. Así... podemos infligirle la derrota extrema: la destrucción" [o aniquilamiento]⁴³.

El autor citado es enfático en su aserto de: que la victoria, para ser completa, requiere un ataque envolvente, o una batalla con frente oblicuo, "porque

a) A esto el autor agrega la sabia observación de que la destrucción de la fuerza militar enemiga será más rápidamente lograda, y con mayor facilidad, cerca de las propias fronteras y más tarde, pero más decisivamente, si el encuentro se da profundamente en territorio enemigo.

estas dos formas siempre dan al resultado un carácter decisivo". Reconoce, sin embargo, que no es posible obtener tales resultados sin que se den ciertas condiciones: 1) terreno poco accidentado; 2) que el vencedor pueda perseguir tenazmente al enemigo derrotado, convirtiendo su retirada en fuga desordenada, lo cual permite obtener masas de prisioneros y botín (la persecución exitosa implica posesión de una superioridad en caballería. [En la actualidad, fuerzas motorizadas y aéreas]; 3) la superioridad numérica⁴⁴.

El último de los factores de victoria mencionados recibió las siguientes aclaraciones. a) El valor decisivo del número sólo será tal, cuando otros elementos como "equipos, organización y habilidad práctica de toda clase"⁴⁵ estén equilibrados en ambos bandos. b) Por lo común, "es muy difícil hasta para el general más talentoso, ganar una victoria sobre un enemigo dos veces más fuerte"⁴⁶. c) Este aspecto debe ser relacionado con los principios de la "sorpresa" y la "concentración de fuerzas". La superioridad numérica en términos absolutos –Clausewitz lo reconocía– raramente puede lograrse. En cambio es posible establecer una superioridad relativa, producto de la concentración de efectivos contra el punto decisivo del dispositivo defensivo enemigo ("centro de gravedad"). Será "esa parte del territorio donde está concentrado el mayor número de fuerzas enemigas"⁴⁷ (a). Claro está que esta superioridad debe ser organizada en secreto, porque "Sin la sorpresa no es concebible la superioridad en el punto decisivo"⁴⁸. En última instancia, el ataque sorpresivo y la eficaz persecución implican el segundo de los principios fundamentales de la guerra "cuyo propósito es la destrucción del enemigo", el de "rapidez" (b), indispensable para todo ataque, cuya fuerza reside en lo "repentino" e "irresistible". Resumiendo las enseñanzas de Clausewitz acerca de estos temas:

1) En determinadas circunstancias una gran batalla puede ser decisiva para toda la campaña.

2) Para obtener un triunfo de tal magnitud serán requisitos: la sorpresa, la superioridad numérica (por lo menos en el centro de gravedad), y otra superioridad (el mando, la técnica), el ataque envolvente (de flanco o cortando las vías de retirada) y la persecución larga.

3) En el plano táctico esto traería la desmoralización del enemigo en retirada y grandes cantidades de prisioneros y botín.

4) La victoria táctica así obtenida, para obtener plena trascendencia estratégica y política deberá significar un seguro empeoramiento de la situación del enemigo si éste persiste en su resistencia. Es decir, ningún nuevo factor (tal como el de contar con la profundidad de su territorio) debe incidir para permitir y alentar la recuperación del adversario. Vendrá así la quiebra final de su voluntad, objetivo básico que persigue la acción guerrera, instrumento

(a) Liddell Hart prefiere desequilibrar al enemigo atacando primero sus puntos más débiles. El desarrollo de esta polémica no es imprescindible para la comprensión de las cuestiones que el presente trabajo plantea.

(b) El primero es el de máxima concentración posible contra el centro de gravedad.

de nuestra decisión (política) de imponer nuestra voluntad, respecto de la cuestión internacional que motivó el conflicto (a).

¿Fueron Schlieffen y Moltke "El Joven" buenos discípulos de Clausewitz? Sus previsiones para la guerra llenaban algunos de los requisitos establecidos por el maestro. El "Cannas" de Schlieffen se desarrollaría con superioridad en el punto decisivo (muy aminorada por Moltke) en terreno llano, y sería envolvente. En cambio no habría sorpresa (los servicios de inteligencia franceses se enteraron del Plan Schlieffen años antes de la guerra) y la persecución planteaba problemas tácticos y logísticos que —como veremos después— no fueron considerados ni resueltos. Por último se descuidó con extraordinaria ligereza el análisis de la trascendencia total de la batalla planeada.

Al contar Francia con dos poderosos aliados, Rusia e Inglaterra, inmunes al golpe inicial alemán, por grandioso que éste resultase se alteraba totalmente el panorama y no cabía esperar una total desmoralización y quiebra de la voluntad en Francia, cuando la sola existencia de tales aliados ofrecía a los franceses la razonable esperanza de una recuperación, aún en caso de sufrir el descalabro inicial más tremendo.

Lo que espero demostrar con esto es que una atenta lectura de Clausewitz pudo enseñar muchas cosas útiles al Estado Mayor alemán, no sólo el evangelio de las masas que Lidell Hart le atribuye. Si los discípulos fueron tan superficiales y estrechos que no escucharon detenidamente a Clausewitz ni supieron adaptarse a los cambios técnicos de su tiempo, seguramente no es justo endilgarle a aquella mente clara las inútiles matanzas que sus epígonos presidieron 83 años después de su muerte.

Uno de estos discípulos, el articulado expositor de las concepciones militares que predominaban en la Alemania de preguerra, general von Bernhardi nos servirá para introducirnos en el tema de la inadecuación de la mentalidad militar a los cambios tecnológicos y económicos producidos a fines del siglo XIX. Leemos en una de sus obras más difundidas que:

"Si prevemos acertadamente los factores decisivos en la próxima guerra, podemos prepararnos en un sentido determinado, de modo que seremos tan superiores al enemigo que éste difícilmente podrá recuperar [la iniciativa] durante la campaña"⁴⁹.

Aparte del hecho de que insidiosamente la idea de que la guerra sólo durará lo que una campaña distorsiona su visión, Bernhardi comienza sentando ciertas comprobaciones sensatas:

"La próxima guerra verá el uso de masas de combatientes en una escala que no se ha practicado todavía en guerra alguna⁵⁰. Habrá armas y medios de comunicación extraordinarios... Las masas tienen el inconveniente de ser poco maniobrables dada su dependencia de una enorme maquinaria logística... En el campo de batalla, la zona batida por el fuego es cada vez mayor, por lo que el soldado debe emplear la pala para protegerse y avanzar "a gatas y saltos"⁵¹.

(a) Como Clausewitz trata de muchos otros temas estratégicos y tácticos, advertimos al lector que no podrá hallar una síntesis como ésta en su obra, relativamente desorganizada por lo demás.

Habiendo reconocido las condiciones nuevas creadas por un fuego cada vez más preciso de mayor alcance y volumen debido a progresos tales como la bala cónica, el fusil de repetición, la ametralladora y la artillería de largo alcance, Bernhardi vuelve a destacar que la clave de la victoria está en la rapidez operativa, empleada en el ataque en la dirección decisiva (aquella que afecta directamente las arterias vitales del adversario). Todo esto es ortodoxia clausewitziana y muy sensato, sólo que el medio para lograr esa celeridad estaría para el general de caballería Bernhardi... en la caballería. Critica la escasa proporción que esta arma guarda con respecto a las otras en el ejército del Kaiser, e insiste en aumentar sus efectivos (a) con agregados de ciclistas. También reconoce la importancia futura de la aviación pero recomienda reducir la artillería y las ametralladoras en cada unidad para liberarla de estorbos en la marcha. Como debido al nuevo poder de fuego el ataque necesita más superioridad que antes habrá que "escalonar las tropas con más profundidad que en las últimas guerras"⁵².

Es casi inútil subrayar al lector la incoherencia de estas recomendaciones en vista de las características que el mismo autor reconoció a la guerra que venía. A fuerza de darle movilidad al ataque lo despoja de contundencia, porque puede esperarse que una infantería con pocas ametralladoras, escasos cañones y vulnerables masas de jinetes y ciclistas consiga profundas brechas en los sistemas fortificados francobelgas? Lo que esto significa era —eso sí— el matadero para el atacante y el tiempo necesario para que el defensor preparase el contraataque. Y no se diga que esto sólo puede decirse a posteriori, porque allí estaba el ejemplo, muy reciente de la guerra ruso-japonesa, inexplicablemente pasado por alto, que demostró los tremendos efectos del fuego defensivo lo cual movió a un observador inglés, el comandante J. M. Home al siguiente comentario: "La mayor impresión de todo cuanto vi fue que la artillería es ahora el arma decisiva y que las restantes son sus auxiliares"⁵³. Según el general Fuller⁵⁴, además de la citada, las lecciones de esa guerra fueron:

- 1) El fracaso de los ataques frontales y el éxito de los envolvimientos.
- 2) El enorme poder defensivo de los atrincheramientos de campaña y, de las alambradas.
- 3) Los progresivos efectos mortíferos de la ametralladora.

Si bien el Estado Mayor alemán no debilitó el poder de fuego de sus unidades siguiendo la receta de Bernhardi, la mentalidad de "ofensiva a todo trance" y la incomprensión de muchos aspectos técnicos de la guerra contemporánea se dieron realmente, tanto en el campo alemán, como en el opuesto.

El lector puede encontrar un estudio detallado de estos cambios técnicos y de su trascendencia en las excelentes obras del general Fuller, y en la de Görlitz, por lo que nos limitaremos a señalar sólo algunos casos a modo de ejemplo.

(a) Da como ejemplos que apoyan su tesis la guerra de Secesión (que finalizó 46 años antes de que Bernhardi tomara la pluma) y la anglobélica que se desarrolló en un medio geográfico totalmente diverso al europeo.

Si bien Schlieffen, a diferencia de su predecesor Waldersee comprendió en forma global las nuevas características de la guerra dadas por el vacío del campo de batalla, las masas y el uso de medios de telecomunicación, como puede verse en un artículo suyo, publicado en 1909, no se preocupó por las posibilidades bélicas de los automotores, en cuyo empleo militar se adelantaron Francia y Austria. El general Croener consideró posteriormente que el defecto principal de la escuela del Estado Mayor era la falta de comprensión de innovaciones tales como el automóvil, el avión y la ametralladora⁵⁵. En el seno del ejército, la lucha entre oficiales "tecnicistas" como Croener (y Ludendorff hasta cierto punto) y "conservadores" (como Bernhardt) se resolvía, demasiado a menudo, en el predominio de los puntos de vista de éstos últimos (a). En los diez años anteriores el ejército alemán aumentó su número de unidades de ametralladora, zapadores, artillería pesada, comunicaciones y aeronáutica. Algunos progresos modestos se hicieron en el sentido de proteger al infante atacante contra el fuego y de dotarlo de algún poder destructivo contra atrincheramientos. Así, se adoptaron el uniforme gris, y se efectuaron los primeros ensayos con lanzallamas, granadas de mano y bombas de gas manuales. Sin embargo, en dos campos decisivos, Alemania se quedó atrás: en el desarrollo de tropas motorizadas (b) y blindadas y en la aviación. Y justamente éstos eran los medios técnicos que hubiesen podido dar la velocidad y contundencia al ataque y a la persecución que Clausewitz recomendaba y el plan Schlieffen exigía como "conditio sine qua non" para la victoria decisiva.

Mientras que Francia construía los primeros automóviles blindados, en Berlín se dudaba. La artillería pesada era móvil, pero a sangre. En 1914 el ejército alemán tenía un solo batallón de transportes automotores. Los planos de un prototipo de blindado con orugas, presentados al Ministerio de Guerra prusiano por el coronel austríaco Burstyn en 1911 fueron archivados sin hacer ni una sola experiencia técnica⁵⁶.

Pasemos a la aviación: entre 1909 y 1912 Francia gastó cuatro veces lo que Alemania en aviones militares. Poseía 390 aeroplanos y 234 pilotos frente a 100 y 90 respectivamente de Alemania. En 1914 la situación apenas si había mejorada: frente a 600 aviones franceses se alineaban 200 alemanes⁵⁷.

El modo de efectuar las maniobras tampoco ayudó a forjar una mentalidad realmente moderna en la oficialidad. Por respecto al principio monárquico Schlieffen permitió que el Kaiser efectuara maniobras absurdas para el siglo XX, "ganando" batallas mediante colosales cargas de caballería, que él personalmente dirigía. El mismo Bernhardt, a pesar de pertenecer a esta

(a) Con esto se relaciona también la desconexión entre el Plan Schlieffen, de concepción puramente terrestre, y los preparativos de la marina de guerra, cuyos altos mandos incluso lo desconocían. La deficiente concepción estratégica resultante de tal desorganización ha sido especialmente criticada por Ludendorff entre los contemporáneos y entre los actuales técnicos militares por el capitán de navío F. Milia⁵⁸. Pero también hay que considerar el argumento del Almirantazgo alemán de 1914, de que con una ofensiva naval contra los anglofranceses, notablemente superiores en el mar, se corría el riesgo de una gravísima derrota, de incalculables consecuencias⁵⁷.

(b) Ya en 1914 los franceses hicieron un inesperado y audaz uso de los automotores (taxis) al llevar el comandante de París refuerzos a las posiciones del Mame⁵⁸.

arma criticó tales desvaríos, y el hecho de que no se hacían esfuerzos para crear las condiciones reales de la guerra, al prescindir de grandes masas y de la implementación logística necesaria. Puntualizó con un ejemplo esta falta de preparación práctica en la oficialidad al recordar que ya en 1870, en Sedán "resultó que ni aun los generales estaban en condiciones de dominar la situación"⁶¹.

Tal como la técnica militar se fue desarrollando entre 1870 y 1914 era evidente el predominio del fuego defensivo sobre el atacante (a), es decir, una tendencia hacia el estancamiento. La mentalidad militar anticuada insistía en ofensivas sorpresivas, profundas y "decisivas", sin preocuparse de crear los medios técnicos capaces de romper el estancamiento. Esta tesis especial ha sido brillantemente desarrollada por el historiador militar inglés general Fuller. A ella sólo nos permitimos agregar que en el caso de Schlieffen no se dio falta de reconocimiento del problema básico, sino inadecuación del remedio quizá debido a la personalidad excesivamente inclinada a lo teórico del famoso estratega germano. Poco antes de morir escribió que la guerra ruso-japonesa había demostrado, acerca de los ataques frontales que:

"Su éxito... es solamente pequeño hasta en el mejor de los casos. Es indudable que el enemigo se ve obligado a retroceder y que poco después renueva su resistencia temporariamente abandonada. La guerra sigue desarrollándose lentamente..."⁶².

Para él, como sabemos, la solución estaría en un gigantesco ataque de flanco. Lo que no advirtió es que con ello no superaba el verdadero obstáculo, que no era estratégico sino táctico. Los cuerpos de ejército alemanes flanquearían a los cuerpos de ejército franceses, según el "Plan Schlieffen", pero seguía en pie el hecho de que el infante debía chocar contra reductos con ametralladoras y cañones, trincheras, alambradas y campos minados. Ante tales obstáculos cómo dar a la ofensiva la contundencia y velocidad necesarias para que pudiese mantener su empuje durante cinco o siete semanas, y recorrer las distancias programadas, antes de que el enemigo pudiese frenarla con refuerzos traídos de otro frente?

Las consecuencias lógicas de la nueva situación, o sea, la probabilidad de una guerra larga, de desgaste mutuo y agotamiento, sin batalla-relámpago, fueron previstas por pocos, jamás escuchados (a), entre ellos el general von der Goltz en sus libros, ya desde 1877, lo que es realmente notable⁶⁴. En 1890, el famoso historiador y crítico de temas bélicos, Hans Delbrück se atrevió a formular una "Ermattungsstrategie" (Estrategia del agotamiento) como alternativa a la estrategia de "aniquilamiento". La opinión castrense mayoritaria rechazó el concepto. Fue más difundido el trabajo del banquero polaco I. S.

(a) Molke "El Viejo" lo advirtió ya en 1869.

(a) Dice Marc Ferro en su breve pero excelente libro "La Gran Guerra" (1914-18): "Los artículos y libros sobre la guerra futura abundan ya a partir de 1880... Todas estas obras dan una descripción precisa de los combates del mañana que nada tienen que ver con la realidad que va a seguir. Las batallas inventadas por los ensayistas o por los escritores militares reproducen maniobras de la época napoleónica en las que la infantería ataca a la carga en filas apretadas, la caballería es quien decide de la suerte de la batalla y ésta se gana en un día"⁶³.

Bloch: "La guerra del futuro y sus consecuencias técnicas, económicas y políticas" (1897). De él bastan citar estas proféticas palabras:

"En la próxima guerra todos se atrincherarán... el pico y la pala serán tan indispensable al soldado como el fusil. Todas las guerras adoptarán necesariamente el carácter de operaciones de asedio..."⁶⁶.

A esta altura del relato podría sospecharse la causa de la ciega confianza en el éxito del ataque y del desprecio del creciente poder de la defensa, manifestado por los planes y preparativos militares de todos los Estados Mayores. Parecería ser el viejo Clausewitz el responsable, como Liddell Hart lo sugiere. ¿Es esto del todo cierto? Leemos en "De la guerra": "En abstracto la forma defensiva de guerra es más fuerte que la ofensiva"⁶⁶. El viejo maestro nos aclara que el objetivo de la defensa, "preservar" algo, siempre será más fácil que conquistar, por lo que en igualdad de "medios" en ambos bandos la defensa tendrá más probabilidades de éxito. Además todo tiempo que pasa sin ser utilizado juega a favor del defensor. La ofensiva es recomendable porque sólo ella "conquista objetivos militares, aumentando nuestros recursos bélicos, pero sólo podemos emprenderla cuando contemos con la superioridad sobre el enemigo". El atacar continuamente es, por otra parte, imposible, y los objetivos que una ofensiva puede alcanzar están limitados por una serie de factores que exigen cuidadosa evaluación por parte del conductor. En estos factores menciona, entre otros: 1) la necesidad de ocupar territorio; 2) pérdidas en la acción, y 3) distancia (creciente) de las fuentes de suministros y refuerzos. Este último factor constituye para el defensor la "ayuda del teatro de guerra": el ejército atacante se debilita más mientras más territorio ha de atravesar y ocupar, mientras que el ejército defensor continúa manteniendo todas sus conexiones (a) (apoyo de fortalezas y cercanía a sus fuentes de abastecimiento)⁶⁷.

Todo esto hace que tarde o temprano llegue, aún para la ofensiva más victoriosa el "punto culminante", más allá del cual el equilibrio se rompe a favor del defensor, punto que si no es advertido y previsto a tiempo por el jefe atacante puede significar la dura sorpresa de un contragolpe enemigo. También desde el punto de vista más doloroso de los peligros que todo ataque muy ambicioso representa en términos de pérdidas de hombres y material, Clausewitz reconoció que:

"El desgaste de nuestras propias fuerzas militares será, ceteris paribus mayor cuanto más busquemos la destrucción del poder enemigo. El peligro reside en esto, que la mayor eficacia que buscamos repercute sobre nosotros y por ello, tiene peores consecuencias en el caso de que no logremos el éxito"⁶⁸.

En rigor, de estos conceptos, nadie podrá extraer un Clausewitz furibundamente agresivo, profeta de la ofensiva a todo trance y cueste lo que cueste,

(a) Clausewitz relaciona esto estrechamente con el carácter divergente de la defensa, que opera por líneas internas. En cambio el ataque esencialmente convergente, puede conseguir resultados más brillantes (encerar y destruir ejércitos enteros, como en Sedán), aunque más difíciles de obtener. Es necesaria una conducción muy capaz.

como lo fueron la mayoría de las inepcias militares que mandaron los ejércitos europeos entre 1914 y 1918. Lo que sí es cierto, pero inevitable por razones cronológicas, es que al estudiar las relaciones ataque-defensa en la táctica, Clausewitz no previó las condiciones especiales (a) que traería un gran aumento del fuego "fijo" y de la fortificación, sin un simultáneo crecimiento de la eficacia del fuego "móvil" diríamos, situación que se dio una generación después de su muerte y que perduró hasta la aparición del tanque, en 1916. De allí que en estudio casi fetichista de la palabra, no del espíritu de la obra de Clausewitz, tal como parece haberlo encarado la oficialidad alemana y europea del período que venimos estudiando, tenía que llevar a concepciones simplistas. Así se vino a confiar en la simple acumulación de masas humanas, y para obtener el éxito ofensivo, (Bernhardi: "escalonemos con más profundidad las tropas"). Con ser insuficiente, el principio de concentrar masas en el punto crítico, era mejor que el insensato seguido por el segundo Moltke, cuando debilitó el ala derecha alemana, en flagrante violación de la idea estratégica de Schlieffen y de todas las enseñanzas de Clausewitz.

La campaña de 1914 que significó el fracaso de las esperanzas alemanas de victoria total en el Oeste trajo el gran desencanto. El ala derecha alemana avanzó sobre Bélgica como un rodillo... pero la retirada de los aliados se realizó en orden, con acciones de cobertura. Todos los factores tendientes a la gradual mengua del poder ofensivo que Clausewitz analizó, (más los recientes derivados de la técnica moderna) se manifestaron:

— Los islotes fortificados resistieron más de lo calculado, absorbiendo demasiadas fuerzas de cerco. (Amberes, Givet y Maubeuge exigieron siete divisiones al ala derecha alemana)⁶⁹.

Los alemanes no tomaron grandes cantidades de prisioneros, requisito indispensable para un verdadero aniquilamiento del ejército francés, porque los perseguidores (la caballería) demostraron su escaso poder de fuego, y su vulnerabilidad aún ante los que se retiraban⁷⁰.

Los cruces ferroviarios y puentes fueron demolidos por los aliados en retirada, afectando los transportes de abastecimientos alemanes. Cuando llegaron al Marne las tropas germanas estaban agotadas y numéricamente muy disminuidas⁷¹. Fue entonces que el enérgico mando del defensor concentró sus fuerzas por líneas interiores, transfiriendo los franceses fuerzas de su ala derecha a la izquierda. Obtenida así la superioridad en el punto crítico en la extrema ala derecha alemana, (el ejército de Kluck), con 27 divisiones anglofrancesas contra 13 alemanas, aquéllas pasaron al contragolpe: fue "La batalla del Marne", que salvó a Francia. Se trata de una buena ilustración de los conceptos clausewitzianos de "ayuda del teatro de guerra", punto culminante del "desgaste y contragolpe". No era malo el maestro, sino torpes los "discípulos".

(a) Habló del terreno, que generalmente significaba ventaja para el defensor, pero Schlieffen fácilmente podía demostrar que la llanura belga era lo mejor que el atacante podía encontrar.

4. — El factor económico:

De la misma manera que en lo tecnológico, los estados mayores de la Paz Armada quedaron retrasados en su apreciación del factor económico como condicionante del futuro desarrollo bélico. Schlieffen consideraba ingenuamente, que Europa no podría permitirse el lujo de una guerra larga y Bernhardi, se limitaba a continuas exhortaciones para que el Reichstag destinase mayores reservas financieras a las fuerzas armadas. Görlitz ha acertado plenamente al señalar que los militares no habían comprendido que el objetivo fundamental de la guerra del siglo XX debía ser el "aniquilamiento de la fuerza económica adversaria mediante la ocupación de sus centros industriales"⁷².

Predominaba tenazmente una concepción más propia de una era no sólo preindustrial, sino también anterior a las guerras ideológicas y "nacionales", que comenzaron con la Revolución Francesa. Se pensaba así en que una vez batido el ejército de campaña enemigo en una gran batalla de aniquilamiento, quedaría obligado el adversario a pedir la paz. La ocupación del territorio recibía casi únicamente una valoración política sin atender su posible importancia económico-militar (a). Si bien no se había escapado al preciso análisis de Clausewitz este último valor (ver objetivo de guerra N° 2, pág. ...), de hecho no le dio un extenso tratamiento y recayó a menudo en puntos de vista más anticuados como el siguiente:

"el territorio es el objetivo del ataque, pero no tiene que ser necesariamente todo el país, sino que puede estar limitado a una parte, una provincia, una faja de terreno o una fortaleza. Todas estas cosas pueden tener vigencia suficiente como valores políticos en el arreglo de los términos de paz, ya sea que se las retenga, o que se las cambie"⁷⁴.

Recién la dura experiencia de la Gran Guerra enseñó a los contrincantes que los grandes estados industriales tenían un poder de recuperación extraordinario y que las victorias más espectaculares de las Potencias Centrales no traerían efectos decisivos mientras siguiesen produciendo las zonas económicas vitales de las naciones enemigas y mientras éstas pudiesen alimentarse de los circuitos comerciales mundiales. En términos geoeconómicos las Potencias Centrales no podían esperar un fin victorioso de la guerra contra la Entente sin ocupar Europa desde Brest hasta el Volga, tarca para la cual los ejércitos alemán y austríaco no estaban preparados, ni desde el punto de vista de su poderío material, ni desde el de su conducción de más alto nivel.

5. — La influencia de la historia: "Cannae"

En los últimos años antes de su muerte, acaecida en 1913, Schlieffen realizó una serie de estudios de historia militar que lo vinieron a afirmar en su convencimiento de que su Plan era la solución del gran problema estratégico del Reich (b). Creyó encontrar una especie de modelo básico de victoria de

(a) Los sectores que discrepaban con esta visión se nucleaban en la Liga pangermanista. En 1912, el senador Possebe, de la ciudad portuaria de Lübeck, pidió la creación de un Estado Mayor Económico. No tuvo eco. La guerra le daría la razón⁷³.

(b) Schlieffen tomó muy literalmente la frase: "Historia magistra vitae".

aniquilamiento en la batalla de Canas, ganada por el genial Aníbal en 216 a.C. Este hallazgo parece deberlo a su lectura de la "Historia del Arte de la Guerra", de Hans Delbrück, cuyo primer volumen apareció en 1900. A este respecto dice Hajo Holborn: "Schlieffen juzgó que todos los grandes comandantes militares de la historia habían aspirado al plan Cannae"⁷⁵. Cuando un general no contaba con efectivos suficientes, o espacio adecuado debía conformarse con aproximarse al modelo, renunciando al doble envolvimiento de los flancos enemigos, y conformándose con uno solo. Así debieron proceder Federico el Grande en sus guerras y el mismo Schlieffen, en su plan de operaciones. Los ejemplos "intermedios" de historia militar mencionados por Schlieffen (las batallas de Leuthen, Ulm, Leipzig, Waterloo, Sadova y Sedán) no nos interesan directamente porque en última instancia toda la argumentación dependía del valor del modelo básico.

Las preguntas que nos planteamos a continuación son éstas:

¿Era aplicable el modelo "Canas" a la problemática bélica de 1900?

¿Las enseñanzas que de la segunda guerra púnica podían extraerse, fueron captadas realmente por el estratega germano?

Holborn, en "Creadores de la Estrategia Moderna" no se detiene en estas cuestiones. Görlitz da la respuesta básica con la que coincidimos bastante: Canas no decidió la guerra contra Roma porque los cartagineses no supieron explotarla políticamente; Schlieffen no vio esto por ser un especialista militar de mente estrecha. Pero tampoco profundiza en el tema. Esto nos deja varias dudas. ¿Dónde se equivocó realmente Schlieffen? Si también Clausewitz, el gran maestro había diseñado un modelo tipo "Canas". (ver pág. ...) ¿no es él el engañado número uno? ¿El concepto de batalla de aniquilamiento es entonces una construcción teórica absolutamente fantástica?

Para aclarar todo esto partimos de un reconocimiento básico: Aníbal no logró doblegar a los romanos, aún después de esta extraordinaria victoria. ¿Se trató de un milagro? No. La resistencia romana fue admirable pero también estuvo sólidamente basada en factores de poderío real: Al penetrar el general cartaginés en el valle del Po, con unos 30.000 hombres, Roma puso en pie 300.000 soldados de primera línea y unos 400.000 reservistas⁷⁶. Aníbal corona una serie de batallas victoriosas (Tesino, Trebia, Trasimeno) con Canas, espectacular éxito en que con 50.000 hombres derrota 79.000 romanos (aunque inferiores en caballería), ocasionándoles la pérdida de más del 65% de los efectivos (a) a cambio de sólo un 12% de sus tropas. Pero al año siguiente de esta derrota las fuerzas romanas contaban otra vez con 200.000 hombres y el dominio de las comunicaciones marítimas, que nunca habían perdido. Si Aníbal hubiese creído decisivo su triunfo en Canas, y marchado contra Roma inmediatamente después de obtenerlo, no sólo hubiese tardado por lo menos 10 días a marchas forzadas (b), sino que hubiese tropezado con la densa red de ciudades amuralladas y fortalezas romanas del Lacio, con sus guarniciones

(a) Según el cálculo de Schlieffen (que en general acepta la moderna crítica histórica).

(b) Mucho más, porque no podía hacerlo en línea recta, por la que más de 300 km separan Roma de Canas.

intactas. El general cartaginés con toda razón se abstuvo de tal curso de acción, ya que no creyó "aniquilado" el poder romano. Es que de la simple confrontación de las realidades de número, espacio y tiempo resulta que Canas no pasaba de ser una grandiosa victoria táctica, pero no estratégica.

El error de Schlieffen consistió en su mala elección del ejemplo histórico para forjar su modelo de batalla de aniquilamiento. Para ilustrar su propia problemática, *debió buscar una batalla de resultados decisivos en lo estratégico, es decir, capaz de terminar con la guerra*. Porque era esto y no un simple triunfo táctico, lo que Schlieffen quiso planificar.

Podemos encontrar una batalla de este tipo en Zama (202 a.C.) en que Escipión venció a Aníbal, contando, eso sí, con la superioridad de calidad en la infantería y del número en la caballería. Tácticamente los resultados fueron por lo menos tan aniquiladores como es Canas, quizás más, porque las bajas cartaginesas parecen haber alcanzado el 90% del total¹⁷. La decisión de la lucha la logró un ataque de los jinetes romanos a la retaguardia cartaginesa. Pero los resultados decidieron el fin de la guerra, porque la gran ciudad africana no contó con ninguno de los factores materiales en los cuales Roma pudo apoyar su vacilante moral, luego del desastre de Canas (a). No contaba ya con ejército alguno, y menos aún con el tiempo para tratar de levantar uno nuevo, ya que carecía de un territorio defendido por una red de fortificaciones equivalente al Lacio. Con el paso del tiempo, el desequilibrio a favor de Roma no podía sino aumentar, pudiendo abastecerse y acrecentarse perfectamente el ejército de Escipión, gracias al total dominio del mar y a la alianza con los númidas de Masinisa, lo que quitaba toda base de sustentación a Cartago, reducida a los límites de sus murallas. Al año siguiente se firmó la paz, que terminó con el status de "potencia" de la rival de Roma.

Aún en el plano puramente táctico, el estudio de Canas, Zama o cualquier otra batalla tiende a subrayar lo que tantas veces predicó Clausewitz en forma teórica: el aniquilamiento implica superioridad cualitativa y/o numérica, y sobre todo persecución exitosa. Ambas batallas fueron decididas por una caballería superior, que por su movilidad se constituyó en el instrumento de cerco y persecución. En 1914 Alemania no contaba sino con una superioridad técnica realmente notable, que era el extraordinario poder destructivo de su artillería pesada "móvil" (a sangre y ferrovía). Sin embargo el lector podrá darse cuenta que este medio sólo permite acortar los sitios de fortalezas, siendo en cambio casi inútil para rodear y aniquilar masas enemigas en retirada. Las evidencias, de que la caballería ya no podría cumplir esta función no fueron tomadas en cuenta por Schlieffen y sus discípulos.

De la batalla de Zama, se desprende un modelo de batalla decisiva, que a diferencia del de Canas, deducido por Schlieffen, implica algunos requisitos realmente estratégicos. Se producirá la decisión de la guerra cuando la batalla se dé en tales condiciones que después de ella no queden al bando vencido

(a) Sin duda la moral combativa de un pueblo puede quebrarse aún contando con medios para seguir resistiendo, pero el Plan Schlieffen no pretendía basarse en un imponderable de este tipo.

ni tiempo ni espacio suficientes para crear un nuevo ejército (a). Concurrían a crear tal situación variadas circunstancias: 1) Pérdidas muy elevadas en hombres y material. 2) Dominio de las comunicaciones por el vencedor antes o poco después de la batalla. 3) Posesión de una región absolutamente vital para el potencial económico-militar del bando que ha sufrido el descalabro (en el caso alemán sería la Renania). 4) Rapidez del avance del vencedor, que llega a las puertas de la indefensa capital, asiento de la suprema conducción política y militar del adversario. 5) Defección de los aliados. Dadas estas características, no ha de sorprender que generalmente las batallas decisivas de la Historia no se hayan dado inmediatamente al comienzo de una guerra. Lo más frecuente es que se diesen luego de respetables períodos de tiempo, en los cuales una sucesión de operaciones y batallas pudieron preparar las condiciones necesarias para la batalla decisiva (b). En esto, la guerra franco-prusiana (1870-71) fue más bien un caso excepcional.

Resulta patético, y es al mismo tiempo un testimonio del poder de convicción del propio deseo por encima de las evidencias frías, la desesperada búsqueda de una solución bélica a los problemas de Alemania, que llevó a Schlieffen, a Moltke "el Joven", a Bernhardi y a muchos más a encastillarse en las ilusiones de la guerra corta y la batalla de aniquilamiento. Estas no estaban justificadas por las experiencias bélicas más recientes, ni por los ejemplos clásicos de la historia militar, ni por la lectura crítica y cuidadosa de la obra de Clausewitz, ni por las previsiones del más grande estratega alemán del siglo XIX, Moltke "El Viejo".

CRISTIAN F. BUCHRUCKER

NOTAS

1. En caso de citar a un autor con varias obras gregamos la primera parte del título correspondiente. La página va precedida por punto y coma. Para una profundización de estos procesos políticos, remitamos al lector a las obras que figuran en el apartado I de nuestra Bibliografía.
2. Véase Thiel, en "Die Welt...", 43.
3. Seguimos a Mihia; 39.
4. Véase Earle, II; 74.
5. Clausewitz; 163-164.
6. *Ibid.*; 587.
7. Véase Reisoli; 72.
8. Clausewitz, citado por Fuller, "La dirección..."; 59.
9. Clausewitz; 416.
10. Cit. en Earle, II; 81-82.
11. Véase *Ibid.*; 75.
12. Hajo Holborn en Earle, II; 88 y Fuller, "Batallas...", III; 229-230.
13. Véase más en Fuller, "Batallas...", III; 228 infra.
14. Earle, II; 94.
15. Ferro; 63 y 65.
16. Bonch Bruyevitch; 12.
17. Cit. en Earle, II; 72.
18. Glosado por Görlitz, I; 201.
19. Bernhardi; 228.
20. Renouán; 225.
21. Duroselle; 204.

(a) Con esto no hago sino reafirmar el principio sentado por Clausewitz en términos psicológicos.

(b) Especialmente el mayor desgaste de uno de los bandos en pugna.

22. Propyläen, IX, 81.
 23. *Ibid.*, 82.
 24. Görlich, I, 303.
 25. Goetz, X, 451.
 26. Reinoli, 24.
 27. Cit. en Earle, II, 85.
 28. Knau's, 728.
 29. Thompson; VIII y IX.
 30. Preston, Wyse y Werner; 235.
 31. Liddell Hart, "Estrategia..."; 560.
 32. Cit. en Liddell Hart, "El espectro..."; 126-127.
 33. Liddell Hart, "Estrategia..."; 564.
 34. Cit. en *ibid.*; 564.
 35. Preston, Wyse y Werner; 236.
 36. Cit. en Liddell Hart, "Estrategia..."; 566.
 37. Véase Reinoli; 23 y Görlich, I; 122.
 38. Glosa de Clausewitz; 27.
 39. *Ibid.*; 202.
 40. Cit. en Liddell Hart, "Estrategia..."; 561-562.
 41. Clausewitz; 173.
 42 y 43. *Ibid.*; 178.
 44. Véase *ibid.*; 205-213.
 45 y 46. *Ibid.*; 140. Todas las citas que siguen en el texto, sin numerar, pertenecen a Clausewitz.
 47. *Ibid.*; 446.
 48. *Ibid.*; 143.
 49. Véase Bernhardt; 250 y ss.
 50. *Ibid.*; 253-254.
 51. *Ibid.*; 254. El resto es glosa.
 52. Véase *ibid.*; 270-288.
 53. y 54. Cit. en Fuller, "La dirección..."; 127.
 55. Véase Görlich, I; 282 y 289-290. Para un juicio similar sobre la incomprensión de la técnica en la oficialidad alemana, véase Earle, II; 71. Los mayores excesos se debieron a los generales franceses Foch, Grandmaison y Langlois, fanáticos creyentes en la omnipotencia de la "moral" y de la carga a la bayoneta, doctrina muy criticada por Fuller y Liddell Hart en todas sus obras.
 56. Miba; 53 y 54.
 57. Véase Görlich, I; 335.
 58. Véase Earle, II; 96-97.
 59. Datos tomados de Görlich, I; 299-301.
 60. Véanse estas cifras en Earle, III; 20 y Knau's; 726.
 61. Bernhardt; 301.
 62. Earle, II; 72.
 63. Ferro; 60-61.
 64. Véase Görlich, I; 218-219.
 65. Cit. en Fuller, "Batallas..."; III; 215.
 66. Clausewitz; 308 y ss.
 67. Véase *ibid.*; 315 y 491-492.
 68. Cit. en Liddell Hart, "Estrategia..."; 563.
 69. *Ibid.*; 270.
 70. Véase Velsen en "Die Welt..."; 266.
 71. Véase Liddell Hart, "Estrategia..."; 271 y Propyläen, IX; 82.
 72. Görlich, I; 308.
 73. Véase Görlich, I; 316-317.
 74. Clausewitz; 490.
 75. Earle, II; 76.
 76. Véase Durant, I; 91. Su relato está sustentado por una extensa bibliografía.
 77. Léase la descripción de esta batalla en Fuller, "Batallas..."; I. Todavía resulta provechosa la lectura de Mommsen Libro III, capítulos V y VI.

BIBLIOGRAFIA

[Los títulos de obras en lengua extranjera serán seguidos por su traducción, entre corchetes, en los casos más difíciles].

I. — Obras de consulta para un conocimiento general de la época:

- ALBRECHT CARRÉ, R.: *Europe since 1815*. [Europa desde 1815] Nueva York, Harpers & Brothers, 1962.
 DUROSSELLE, J. B.: *Europa, de 1815 a nuestros días, vida política y relaciones internacionales*. Barcelona, Labor, 1967.
 GOETZ, W. (director): *Historia Universal*. Versión española de M. García Morente, Madrid, Espasa-Calpe, 1936. Interesan los volúmenes IX y X.
 Knau's *Weltgeschichte* [La Historia del Mundo de Knau] Berlin, ed. por K. U. von Müller y B. R. Rohden, 1935.
 MANN, G.: *Deutsche Geschichte des neunzehnten und zwanzigsten Jahrhunderts*. [Historia de Alemania de los siglos XIX y XX] Frankfurt del Meno, Ed. Fischer, 1964.
 MANN, G. (director): *Propyläen Weltgeschichte*. [Historia del Mundo de los Propyläen] Berlin, Ed. Propyläen, 1960. Interesa el vol. IX.
 RENOUVIN, P.: *La crise européenne et la Grande Guerre* (VIJD-VTVN). Paris, Alcan, 1939.
 ROSENBERG, A.: *Imperial Germany*. Boston, Beacon Press, 1964.
 SALLS, J. R. DE: *Historia del mundo contemporáneo*. Madrid, Guadarrama, 1960. Interesan los vols. I y II.

II. — Trabajos utilizados para la temática militar:

A) — Libros:

- BERNHARDI, F. VON: *Alemania y la próxima guerra*. Trad. de F. A. de Cienfuegos, Barcelona, G. Gili, Ed., 1916.
 BONCH BRUYEVITCH: *From tsarist general to Red Army commander*. [De general zarista a comandante del Ejército Rojo]. Moscú, Progress Publishers, 1966.
 CLAUSEWITZ, K. VON: *César y Cristo*. Trad. de L. Tobío, Bs. As., Ed. Sudamericana, 3ª ed., 1950. Interesa vol. I.
 EARLE, E. M.: *Creadores de la estrategia moderna. El pensamiento militar desde Maquiavelo a Hitler*. Bs. As., Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, 1968. Interesan los vols. I y II.
 FALCONELLI, A.: *Historia de la Rusia Contemporánea*. Primera Parte: Las ilusiones del progreso, 1825-1917. Mendoza, Universidad Nac. de Cuyo, Fac. de Fil. y Letras, 1954.
 FERRO, M.: *La Gran Guerra (1914-1918)*. Trad. de S. Ortega, Madrid, Alianza Editorial, 1970.
 FULLER, J. F. C.: *La dirección de la guerra*. Barcelona, L. de Caralt, Ed. 1965.
 FULLER, J. F. C.: *Batallas decisivas del mundo occidental y su influencia en la historia*. Barcelona, L. de Caralt Ed., 1961. Interesan los vols. I y II.
 GÖRLITZ, W.: *El Estado Mayor Alemán. Su historia y semblanza (1657-1945)*. Bs. As., Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, 1952. Interesa el vol. I.
 LIDDELL HART, B. H.: *El espectro de Napoleón*. Trad. de J. Irazusta. Bs. As. EUDEBA, 1969.

- LIDELL HART, B. H.: *Estrategia. La aproximación indirecta*. Trad. del Mayor E. Salgado, Bs. As., Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, 1960.
- MILLA, F.: *Estrategia y poder militar*. Bs. As., Instituto de Publicaciones Navales, 1965.
- MOMMSEN, T.: *Historia de Roma*. Trad. de A. García Moreno, 2ª ed., Bs. As., J. CA Editor, 1960.
- PRESTON, R., WYSE, S. F. y WERNER, H. O.: *Men in Arms. A history of warfare and its interrelationships with Western Society*. [Hombres en armas. Una historia de la guerra y sus interrelaciones con la Sociedad Occidental]. Londres, Atlantic Free Press, 1956.
- REISOLI, C.: *La Grande Guerra sul fronte orientale*. Bologna, N. Zanichelli Ed., 1939. Se trata del tomo XI de la Storia dell'Arte Militare Moderna, dirigida por el general A. Cabiati.
- THOMPSON, R. W.: *The Battle of the Rhine*. [La batalla del Rin]. Nueva York, Ballantine Books, 1956.

B) — *Artículos de revistas:*

- THELEN, P. G.: *Die Aussenpolitik des Deutschen Reiches: 1890-1914. (Forschungsbericht für die Jahre 1945-1960)*. [La política exterior del Imperio Alemán: 1890-1914. (Informe sobre las investigaciones realizadas entre 1945 y 1960)]. En la revista *Die Welt als Geschichte*, Nº 1/2, 1962, páginas 27 a 48.
- VELSEN, S. VON: *Deutsche Generalstabsoffiziere im ersten Weltkrieg*. [Oficiales alemanes del Estado Mayor en la Primera Guerra Mundial]. En *Die Welt als Geschichte*, Nº 3/4, 1959, págs. 250 a 293. Se trata de las memorias de un oficial.

Esta Revista se terminó de imprimir en el mes de Enero de 1973 en los talleres gráficos de la Imprenta Oficial-Mendoza República Argentina